

Concesión del Premio “Príncipe de Asturias” a la UCA

El 16 de octubre de este año, en un solemne acto celebrado en el Teatro Campoamor de la ciudad de Oviedo, el Príncipe Felipe de Borbón entregó al rector de la UCA, P. Francisco Estrada, el “Premio Príncipe de Asturias en Comunicaciones y Humanidades a la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas”. Según reza el acta del jurado, la razón para tan alta distinción es “su denodada defensa de la libertad, del diálogo como única vía para la convivencia pacífica y de la cultura”. Y añade que “estos supremos valores, en cuya defensa ha dado heroico testimonio el claustro de sus profesores, deben servir como modelo para cuantos grupos humanos tienen como meta el logro del bien común”.

Aquí en El Salvador, el Premio Príncipe de Asturias no es todavía muy conocido y la prensa casi ni mencionó los que se han concedido este año. Sin embargo, es un premio muy importante, sin duda el más importante que se concede en España. En Europa goza de gran prestigio y paulatinamente se le va parangonando a los premios Nobel. De hecho, Camilo José Cela, Nobel de literatura en 1989, y Mijail Gorbachov, Nobel de la paz en 1990, ya habían recibido con anterioridad el premio Príncipe de Asturias en 1987 y 1989 respectivamente.

Creado hace diez años, el premio tiene alcance universal —premios de la Concordia, de Cooperación Internacional y de Deportes— y alcance iberoamericano —premios de Artes, Letras, Comunicación y Humanidades, Ciencias Sociales,

Investigación Científica y Tecnológica. Entre quienes lo han recibido se encuentran muchas personalidades mundiales: los presidentes José López Portillo, Belisario Betancour, Raul Alfonsín, Carlos Arias, el secretario general de las Naciones Unidas Javier Pérez de Cuéllar, el presidente del Comité Olímpico Internacional Juan Antonio Samaranch, el ministro de asuntos exteriores de la República Federal de Alemania Dietrich Genscher, los escritores Miguel Delibes, Mario Vargas Llosa, la Vicaría de la Solidaridad de la arquidiócesis de Santiago de Chile... una pléyade, pues de importantes personalidades contemporáneas.

No cabe duda que la concesión de este premio supone un gran reconocimiento internacional a la UCA y el de mayor repercusión de cuantos le han sido otorgados, lo cual es importante recordarlo cuando tanto se la ataca y denigra —antes con gran virulencia, ahora más sutilmente— aquí en el país y en instancias de Estados Unidos. Sin embargo, no vamos a insistir en ello en este comentario, sino en lo que este premio realmente significa.

En primer lugar, el premio se ha concedido a la UCA como tal y a toda ella, pero lo que ha forzado a concederlo es, indudablemente, el asesinato-martirio de ocho de sus miembros. Dos años antes, en efecto, la UCA ya fue propuesta para el premio, sin obtenerlo entonces. Pero esta vez se le ha concedido, porque los martirios han hecho inocultables en todo el mundo varias cosas fundamentales. Ante todo, han desvelado la tragedia de

El Salvador y han desenmascarado la irresponsabilidad de mantener silencio ante ella; han hecho conocer la eficaz y novedosa labor universitaria de la UCA y han mostrado la entereza y coherencia de la UCA y de muchísimos otros hasta el martirio.

Hay premio, pues, porque el grito de nuestros mártires del 16 de noviembre ha sido tan inocultable que hasta las grandes instancias de este mundo —que tienden a premiar lo meritorio, sí, pero siempre que no sea conflictivo y arriesgado— han reaccionado. Y han tenido que reaccionar por honradez, o por pudor al menos, para premiar lo que de verdad hay que premiar, aunque sea conflictivo e insólito. No deja de ser un poco triste que hayan tenido que ocurrir asesinatos para que el mundo se fije en El Salvador y en la UCA, pero una vez que han ocurrido bueno es que se les conozca y se les honre, pues de esa manera se pone también un grano de arena para conseguir la solución a la tragedia de El Salvador.

En segundo lugar, el premio a la UCA ha sido internacionalmente muy bien recibido, cosa que puede parecer obvia, pero sobre la cual hay que reflexionar. La ovación que le dieron al P. Estrada en el teatro Campoamor no fue de rutina, ni siquiera sólo de reconocimiento por lo que la UCA ha conseguido en sus veinticinco años de existencia, sino que fue un aplauso muy distinto. Y es que hay aplausos y aplausos, y su diferencia no se mide sólo por su volumen y duración, sino por la emoción que se pone en ellos, por las lágrimas que los acompañan y por la sacudida que experimentan los corazones.

El aplauso que se dio a la UCA en Oviedo, fue un aplauso distinto, porque se aplaudía lo insólito y lo que no suele aplaudirse en estas entregas de premios. Y, además de insólito, fue también un aplauso paradójico, porque era reconocer la verdad de las vidas de ocho personas cuyas muertes sacuden y cuestionan en directo las conciencias de España, de Europa y de todo el primer mundo. Se aplaudían, ciertamente, los logros de una universidad que trabaja en situaciones tan difíciles, pero se aplaudía también un asesinato sumamente cuestionante en un mundo tan alejado del sufrimiento del pueblo salvadoreño. Se aplaudía el testimonio

cristiano en un mundo secularizado que cree que puede y aun debe prescindir de valores trascendentes para organizar bien la sociedad, aunque más exacto sea decir para promocionar el bien vivir y el vivir cada día mejor en un planeta que mal vive y muere. Y se aplaudía sobre todo un gran amor, el de quienes dieron sus vidas por los pobres, en un mundo en que los pobres no interesan y la misericordia y el amor no son valores sociales muy propiciados. El aplauso era, pues, de aprobación y reconocimiento, pero también, ojalá, de "contrición". Se aplaudía quizás por acallar la mala conciencia, pero el aplauso salía de las conciencias. Y no es éste pequeño fruto de los mártires.

En tercer lugar, el premio ha sido póstumo, pero en un sentido bien preciso. Ha sido póstumo no sólo, por así decirlo, porque —como suele ocurrir a veces— no hubiese habido tiempo u ocasión en vida para honrarlos merecidamente, sino que ha sido póstumo porque la muerte de los mártires ha sacado a luz lo que fueron e hicieron en vida. Ha habido que esperar, pues; pero esa espera ha sido sumamente útil para saber qué es lo que realmente se ha honrado con este premio. Y ello no es sólo su fin martirial, sino el tipo de vida y trabajo, que los llevaron al martirio.

Si esto es así, desde ellos y sus muertes hay que releer las palabras con que en el acta se honra a la UCA. Se habla en ella de "defensa de la libertad, del diálogo y de la cultura", pero bien sabido es que normalmente esa defensa no suele llevar sin más al martirio. Si ha habido martirio es que en verdad los mártires defendieron aquéllas, y de manera notable, por supuesto. Pero el asesinato muestra también qué entendieron ellos por "la defensa de la libertad, del diálogo y de la cultura". Defendieron la libertad sí, pero comprendida desde y para la liberación. Defendieron el diálogo sí, pero esencialmente acompañado de denuncia profética y de anuncio evangélico. Defendieron la cultura sí, pero entendida —como lo pedía I. Ellacuría— en el sentido que tienen en la palabra agricultura, como el hacer crecer la realidad salvadoreña. Cuando las cosas se entienden así, eso lleva al martirio. Y, a la inversa, si hay martirio, es que así, y no de otra manera, se entienden la

libertad, el diálogo y la cultura.

Esto es lo que, consciente o inconscientemente, se aplaudía en el teatro Campoamor: un testimonio que, por una parte, cuestiona hondamente, y que, por otra, da luz, inspiración y ánimo. Aplauso paradójico, pues, pero sincero. Y esto es también lo que quedó expresado en el discurso con que el príncipe Felipe cerró el acto, en nuestra opinión el más lucido y emotivo de cuantos se pronunciaron.

Después de haber felicitado a todos y cada uno de los galardonados dejó para el final, no por casualidad, la felicitación a la UCA. Tuvo palabras de solidaridad al dirigirse al P. Estrada: "Quiero en esta ocasión solemne testimoniarle mi apoyo para que continúe la obra de quienes le precedieron en tal difícil responsabilidad". Pero, sobre todo, lo central que mencionó fueron los nombres de los mártires y la razón de su martirio. "Quisiera, por último, dedicar un emocionado recuerdo a quienes, en las condiciones más difíciles, luchan contra la ignorancia y la injusticia. Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Amando López, Joaquín López y López, Julia Elba Ramos y Celina Ramos rindieron el tributo de su vida por tan noble objetivo".

Estas sencillas palabras expresaron la verdad más profunda del premio que se otorgaba a la UCA. Eran de esperar, podrá decirse, pero en la realidad no fueron nada rutinarias. A lo largo de todo el acto había salido a relucir la realidad de nuestro mundo más desde los logros de todo tipo que desde su tragedia. Sin embargo, no se escuchó una voz contra la injusticia que sigue existiendo en el mundo, ni el necesario recordatorio que contra ella hay que luchar, que ello constituye un noble objetivo y que en ello les va la vida a los seres humanos. Y eso es el que dijo el príncipe con sencillez y sinceridad. En la recepción después del acto, el mismo príncipe comentó al alcalde de Oviedo que, al leer los nombres de los mártires, estaba tan emocionado que se le hizo un nudo en la garganta y no sabía si podría seguir leyéndolos. Y le creemos, por supuesto, pues a muchos nos sigue ocurriendo lo mismo hasta el día de hoy.



Después del acto tuve la ocasión de hablar unos momentos con el príncipe Felipe. Le comenté que era el único que había mencionado la palabra "injusticia" en una tarde que, en su conjunto, más parecía de autosatisfacción por los logros de la nueva Europa y por un futuro cuasi paradisiaco que de conciencia de la tragedia del tercer mundo. Y, personalmente, añadí: "le agradezco que haya mencionado los nombres de mis hermanos. Y creo que por primera vez en diez años han resonado en este teatro los nombres de dos sencillas mujeres, Julia Elba y Celina". "Era un deber", contestó, como indicando que eso era lo menos que él podía haber hecho.

Así fue la concesión del premio Príncipe de Asturias a la UCA. Es un reconocimiento de prestigio internacional, que se añade a muchos otros. Unos provienen del mundo de los ilustres: fundaciones, universidades, instituciones de derechos humanos, instituciones por la paz; otros, del mundo de los sencillos: campesinos que han compues-

to corridos a los mártires y han bautizado sus humildes poblados con sus nombres. Lo que todos ellos tienen en común es dar a conocer la tragedia y la esperanza del pueblo salvadoreño, el sentido agradecimiento a los mártires y el estímulo a la UCA a seguir con su compromiso universitario. Así lo dijo P. Estrada. "Este galardón es toda una muestra de solidaridad del pueblo español hacia el

trabajo de la UCA en favor de la paz y de la justicia social. Supone un honor y un reconocimiento de la labor de nuestros compañeros mártires y un espaldarazo para continuar con su proyecto".

J. S.

